

este mundo su vida por Jesucristo, la encontrará gloriosa en la otra. Los armarios, suspendidos en cada lado de la nave, contienen el gran crucifijo y la imagen de la Virgen Santa, que el santo llevaba siempre consigo en sus misiones. El convento, cuyo centro forma la iglesia, está habitado por los hermanos del bienaventurado apóstol, los franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara. Estos religiosos son la edificación de Roma. Bajo su tosco sayal vive la pobreza, la mortificación, la humildad, la obediencia y la pureza de los primeros fieles. Evidentemente la Providencia ha querido que en las últimas edades del mundo, reinase el cristianismo en el Palatino cubierto de ruinas, tan puro, tan victorioso de la carne y del mundo, como en los siglos primitivos, cuando el palacio de Nerón ocultaba aquella temible colina bajo el brillo deslumbrador de su magnificencia. Aviso á los que proclaman la muerte del catolicismo.

Recordemos, para acabar, que la víspera de Navidad es en Roma un gran día de ayuno. El pueblo, imitando á los primeros cristianos, se abstiene de todo alimento *hasta las estrellas*, es decir, hasta en la noche; entónces comienzan alegres comidas de familia. Se convidan unos á otros y se reconcilian; sí, se reconcilian, este es un hecho. La comida, escasa y servida sin manteca y con aceite, se prolonga hasta media noche; cuando suena la hora solemne, se cubre la mesa con alimentos sustanciosos y abundantes, y sigue el regocijo. Esta costumbre está de tal modo arraigada, que no hay misa de media noche en Roma, sino en algunos conventos. La primera misa se dice en Santa María la Mayor, á las dos de la mañana.

## 25 DE DICIEMBRE.

Misa papal.—Alabarderos.—Espíritu de conservación de la Iglesia Romana.—Entrada del Santo Padre.—Por qué no lleva el Soberano Pontífice el báculo.—Espada.—Sombrero ducal.—Epístolas y Evangelios cantados en griego.—Consagración.—El Santo Padre comulgando sentado; el diácono en pie. ¿Por qué?—Santa María la Mayor.—El Pesebre.—Detalles.—Descripción.

El bello día de Navidad, día que había yo deseado tanto ver en Roma, se mostró á todo mi gusto en armonía con la fiesta. En Francia y en los países del Norte, quiero que sea muy frío, muy glacial, que las estrellas brillen en el azul del firmamento, que la nieve se rompa al andar, á fin de excitar en los corazones una gran ternura y una viva compasión hacia el Niño divino, que solloza y que llora sobre la paja en su pesebre abierto á los cuatro vientos. En Roma y en los países calientes, á falta de hielo y de nieve, quiero una niebla más ó menos espesa, más ó menos penetrante, y lluvia más ó menos fría, más ó menos abundante. Fuimos servidos según nuestro deseo.

A las ocho estábamos en el Vaticano. Séame permitido decir en elogio de nuestra curiosidad, que fuimos de los primeros. En este día es cosa convenida que no se va á San Pedro á orar, sino á mirar; á ménos que mirar no sea también orar; lo cual creeria yo de buena voluntad, tratándose del católico respetuoso que asiste á las ceremonias papales. Como quiera que sea, nos pusimos á mirar. El primer objeto que fijó nuestra atención fueron los alabarderos del papa, de los cuales entró una compañía poco después de nosotros, y fué á colocarse delante de la Confesión de San Pedro, para guardar el lugar reser-

vado. Nada más pintoresco y gracioso que su uniforme. Calzones de negro, rojo y amarillo; coraza redonda de la edad media, con brazaletes articulados; gola al rededor del cuello; casco redondo de acero, coronado con un penacho rojo; ancho tahalí amarillo y larga alabarda á la antigua, podía decirse que presenciábamos la resurrección de los tiempos caballerescos.

Este espectáculo tan nuevo, sirvió de tema á las reflexiones siguientes: ¡Ved cómo Roma es esencialmente conservadora! Que se recorran todos los Estados de la Europa, y en ninguna parte se encontrará, si no es por acaso entre el polvo de los museos, ese traje de un tiempo que ya no existe. Solo la ciudad eterna le guarda y le expone en el gran día, como una página de historia que cada uno puede leer. Más de una vez sin duda, los turistas pedantes del último siglo debieron sonreír á vista de este inmutable y gótico uniforme; pero el inteligente artista de nuestra época lo admira y lo estudia, mientras que el cristiano bendice el pensamiento que preside á su conservación. Este pensamiento romano se manifiesta en todas partes, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Esas órdenes religiosas, cuyos hijos póstumos recorren las calles y las ruinas de la ciudad pontifical, tales como por ejemplo, los Trinitarios y los caballeros de Malta, ¿qué son á los ojos del observador, sino la traducción viviente del mismo pensamiento? Os parece que la ley debería sancionar una supresión operada ya de hecho; vuestro celo os extravía. Roma, como Dios, cria y conserva, pero no destruye; guarda todas esas órdenes antiguas, como las reliquias de un pasado venerable, como los anillos de la cadena tradicional. Es verdad; no irá ya el Trinitario á llevar á Túnez el rescate de los cautivos; pero rescatará otros prisioneros, los prisioneros por el pecado; trabajará en el ministerio

de las almas. De la misma manera, el caballero de Malta no sacará ya su gloriosa espada contra el mahometanismo, pero desempeñará cerca del jefe de la cristiandad nobles funciones, en espera de que los peligros de la fe ó los intereses de la humanidad le llamen á nuevos combates.

El mismo espíritu de conservación se manifiesta en los monumentos de la antigüedad. Si el Austria, la Francia, la Inglaterra, la Rusia ó cualquier otro pueblo, fuese dueño de Roma durante cincuenta años, sería muy de temerse que todo se trastornase y perdiese. El génio de cada pueblo o la actividad en unos, la incuria de otros, las colisiones políticas, el espíritu mercantil ó industrial, comprometerían rápidamente la existencia de la mayor parte de las ruinas monumentales. Bajo la guarda de la iglesia nada tienen que temer. El génio de la conservación más atento é inteligente, vela por ellas; y Roma permanece un incomparable museo, en donde las costumbres y las cosas de todos tiempos, cuidadosamente conservadas, se prestan al estudio y á la admiración del mundo entero.

De aquí nace involuntariamente una reflexión más alta, y es que, no debe dudarse de que este espíritu de conservación es evidentemente providencial, y la iglesia que lo manifiesta parece decir á sus hijos: «Si yo pongo tanto cuidado en salvar del olvido y de la destrucción usos y monumentos de un interés secundario, ¿cuál pensáis que debe ser mi solicitud por conservar intacto el sagrado depósito de la fe? Confíad en vuestra madre; ella no dejará perecer nada de vuestro divino patrimonio.»

El tiempo había huido, y ya eran más de las nueve; la basilica se había llenado con una multitud inmensa, cuando un cañonazo anunció la salida del Santo Padre

El augusto anciano, despues de haber salido de sus habitaciones, bajó por la escalera interior del palacio, á una capilla lateral de la iglesia. Bien pronto se miró dominando todas las cabezas un dosel brillante de oro y seda; luego se vieron dos anchos abanicos de gran belleza, glorioso recuerdo de la magnificencia imperial; y bajo aquel dosel, sentado en la *silla gestatoria*, brillante de oro y púrpura, al vicario de Jesucristo con la tiara en la cabeza, glorioso emblema de su triple dignidad de padre, de rey y de pontífice (1). Marchaba majestuosamente, llevado sobre las espaldas de los oficiales de su casa, vestidos con el gran traje rojo. El sacro colegio abría la marcha, la guardia noble formaba la valla y seguía el cortejo que se detuvo á nuestra vista detras de la Confesion de San Pedro. Despues de haber depositado la tiara y hecho una corta adoracion al pié del altar, subió el soberano pontífice á un trono colocado á la derecha; entonó la *Tercia*, tomó la mitra y se sentó. ¿Por qué la mitra sustituye á la tiara? Con este misterioso cambio comenzó para mí una serie de enigmas, cuya solucion atormentó mucho mi espíritu. Comprendí pronto, que si el Santo Padre era rey en la *silla gestatoria*, en el altar no era más que pontífice, y la sustitucion de la mitra á la tiara se explicó por sí misma. Pero dos nuevos geroglíficos me embarazaron de otro modo; uno que veía y otro que no veía. El Santo Padre, el obispo de los obispos, no llevaba báculo; tuve á bien buscar aquel atributo de la carga pastoral y no figuraba de ningun modo entre las insignias. ¿Por qué es esto? primer enigma.

Dos prelados domésticos precedían al

(1) Al ponérsela el cardenal al pontífice, le dice. *Accipe tiaram tribus coronis ornatam, et scias te esse Patrem, Regem et Christi Vicarium*, etc. "Los italianos llaman á la tiara *Triregno*; esta es una hermosa palabra.

Santo Padre, y llevaban el uno una soberbia espada con empuñadura de oro, *stocco*; el otro un sombrero ducal, *cimiero* de terciopelo carmesí, con armiño, adornado de perlas y rodeado de un cordón de oro con una paloma en el centro, símbolo del Espíritu Santo; la espada y el sombrero fueron depositados en un rincón del altar, y allí quedaron durante la misa, ¿por qué todo esto? Segundo enigma.

Busqué cerca de mí algún Edipo capaz de explicarme este doble misterio, pero mis esfuerzos fueron vanos. Comenzó la misa, continuó, acabó, y aquel sombrero, aquella espada, aquel báculo, no me salían de la cabeza. Confieso mi distraccion; para expiarla me condené á largas investigaciones sobre la causa que la habia producido, y con el fin de evitar el mismo trabajo á los que vayan allá despues de mí, voy á dar la solucion del doble enigma.

El pontificado de San Pedro en Roma duró veinticinco años. Aunque nuestras historias galicanas nada nos dicen de los trabajos del apóstol durante este largo período, se sabe muy bien que no se estuvo cruzado de brazos. Los antiguos monumentos, los archivos y las tradiciones de las iglesias de Italia, nos hablan á cada momento de los viajes del pescador de Galilea, de los misioneros que envió á todas las partes de la península y aun más allá de los Alpes; tales por ejemplo fueron San Fronto á la Aquitania, y San Materno á la Germania. Con éste último partieron para Tréves San Eucario y San Valerio, los tres discípulos del príncipe de los Apóstoles. Al cabo de cuarenta días, Materno murió. Uno de sus compañeros de apostolado, volvió inmediatamente á Roma á dar la noticia á San Pedro, y á rogarle que mandara un nuevo obrero en lugar del difunto. El apóstol se contentó con decirle:

1 Foggino, *de romano divi Petri itinere et Episcopatu*, in 4º, *Exercit.* XIII; XIV, XIX.

"Tomad mi bastón, tocad con él al muerto y decidle de mi parte: Levantaos y predicad." A esta orden de aquel cuya sola sombra curaba á los enfermos, se obró el milagro, y Materno salió de su tumba lleno de vida, continuó su misión y llegó á ser el segundo obispo de Tréves. En memoria eterna de este milagro, no llevan los sucesores de San Pedro el báculo pastoral, ménos en la diócesis de Tréves, cuando allí se encuentran. Este hecho, que no tiene nada de admirable, cuando se conoce el poder milagroso de los apóstoles y la necesidad de los prodigios, para acreditar la fe naciente, descansa, por otra parte, en ilustres autoridades. Solo citaré á dos de ellos, el papa Inocencio III y Santo Tomás de Aquino; el primero fué el hombre más grande de su siglo, y el segundo la razón más sana y más fuerte de la Edad Media. Gustoso con mi descubrimien-

1 Hé aquí sus palabras: Inocencio III dice: "Romanus autem Pontifex pastorali virga non utitur, pro eo quod beatus Petrus Apostolus baculum suum misit Eucherio, primo episcopo Trevirorum, quem una cum Valerio et Materno ad predicandum Evangelium gentium teutoniarum destinavit. Cui successit in episcopatu Martinus, qui per baculum sancti Petri de morte fuerat suscitatus. Quem baculum usque hodie cum magna veneratione trevirensis servat Ecclesia." *De Sacrif. Miss.*, c. VI. El mismo pontífice, escribiendo al patriarca de Constantinopla, repite el mismo hecho. *De sacra unct.*, cap. unic. *versus fin.*—El doctor angélico se expresa así: "Romanus pontifex non utitur baculo, quia Petrus misit ipsum ad suscitandum quemdam discipulum suum, qui postea factus est episcopus trevirensis, et ideo in dicecesi trevirensi Papa baculum portat et non in aliis." *Q. 3, art. 3, distinct.* 24, lib. IV.—A esta razón histórica, añaden los autores muchas razones misteriosas, para explicar la falta del báculo en manos de los soberanos pontífices; hé aquí la principal: "Quia per baculum designatur correctio sive castigatio; ideo alii pontifices, recipiunt á suis superioribus baculos, quia ab homine potestatem recipiunt. Romanus Pontifex non utitur baculo, quia potestatem a solo Deo recipit." *De Sac. Unct. ad verb. Mystic.* Véase también á Durandus, *Rationale div. offic.*, lib. III, c. 15. Alzedo, *de Præfatione Episcop. Dignit.*, p. 1, c. 13, n. 70; Hieron Venerius, *De Exam. Episcop.*, lib. IV, cap.

to, admiré de nuevo el espíritu de conservacion que forma la gloria particular de la Iglesia de Roma, y bendije á mi madre por habernos conservado en una de sus costumbres el recuerdo de los hechos milagrosos acaecidos alrededor de nuestra cuna.

¿Pero qué significaban la espada y el sombrero ducal? La explicacion de este nuevo enigma acabó tambien por hacernos rendir un tributo de admiracion y de reconocimiento. En los siglos más remotos y cuando el cristianismo encarnó en las naciones europeas, el derecho de la fuerza debió arreglarse por el derecho moral. La espada, ántes instrumento de pasiones personales, de opresion pública y de iniquidad en el mundo idólatra, se convirtió en las manos de los príncipes y de los guerreros cristianos, en una arma destinada á proteger la verdad, la equidad, el orden social. Esta nueva mision del *hierro*, fué recordada sin cesar á aquellos que estaban encargados por Dios de cumplirla. Y hé aquí que la misma noche en que el niño Dios vino á romper todas las tiranías, su Vicario bendice una armadura, que envía al

20, n. 21; Barbosa, *De offic. et Potest. Episcop.*, p. 1, tit. 14, etc. etc.—En la disertacion *ad hoc* que ha puesto al fin de sus *Monim. veter.*, lib. III, p. 209, el sábio Ciampini hace observar muy bien que la *Ferula*, especie de bastón derecho, que se presentaba á los papas el día de su eleccion, y que se encuentra grabada en las tumbas antiguas, no es un báculo, sino un emblema del poder temporal.—Puesto que tratamos del báculo episcopal, no puedo resistir al gusto de citar los versos siguientes, de un autor de la Edad Media, acerca de la significacion de este cayado espiritual y del uso que el pontífice debe hacer de él:

IN BACULI FORMA, PRÆSUL, DATUR TÆC TIBI  
(NORMA:  
ATTRAHE FER PRIMUM, MELIO REGE, PUNGE PER  
(IMUM;  
ATTRAHE PECCANTES, REGE JUSTOS, PUNGE VAGANTES.  
(GANTES.  
ATTRAHE, SUSTENTA, STIMULA, VAGA, MORBIDA,  
(LETAN;

*Gloss. de Sac. unct.*, c. unic.

emperador, al rey, al príncipe, al guerrero que ha combatido valientemente ó que debe combatir á los enemigos de la verdad, de la justicia y de la paz del mundo. En el siglo XVI, Sixto V llamaba ya á esta elocuente costumbre, *una costumbre venida de los Santos Padres*; y de hecho los siglos anteriores habian visto á Urbano VI dar la armadura sagrada á Fortiguerra, presidente de la república de Lucques; á Nicolás V darla al príncipe Alberto, hermano del emperador Federico; á Pio II darla á Luis VII, rey de Francia. Roma sigue bendiciendo cada año la espada y el sombrero del guerrero cristiano; y si hay oportunidad, el Padre comun de las naciones, la envía al príncipe, al capitán que se ha hecho digno de ella por sus hazañas y por su conducta 1.

Si en estas costumbres preliminares habia yo podido leer una página de nuestra bella antigüedad, la misa pontifical me la reveló casi toda entera. Despues de la confesion al pié del altar, fué á colocarse el Santo Padre en un trono preparado en el fondo del coro, inmediatamente, abajo de la Cátedra de San Pedro. A derecha é izquierda estaban sentados en gradas cubiertas con paño rojo, los miembros del Sacro Colegio; conté veinticuatro, y tenían casulla y mitras blancas, ricamente bordadas. Detrás de los cardenales, veíanse los obispos, los superiores gefes de las órdenes y los prelados; encima de estas sillas de coro corridas, reinaban dos hileras de tribunas: las tribunas superiores reservadas á los príncipes y á los embajadores, y las otras ocupadas por personas que tenían billete de entrada. No puede decirse cuán imponente es este espectáculo verdaderamente católico.

En memoria de la antigua unión de la Iglesia oriental y de la Iglesia occidental,

1 Costanzi *Instituzioni di Pietà di Roma*; t. 1. p. 8.

en testimonio perpetuo de la catolicidad de la fe, que ha hablado y debe hablar hasta el fin de los siglos todas las lenguas, dos eclesiásticos de Roma cantaron la epístola y el Evangelio en latin; y luego un diácono y un subdiácono de los armenios cantaron ambas cosas en griego, vestidos con su magnífico traje oriental. Al acercarse el momento de la consagración, bajó el Santo Padre de su trono, y despues de la consumación del tremendo misterio, el augusto anciano tomó la santa víctima en sus manos, y levantándole sobre su cabeza, la presentó á los cuatro puntos del cielo, y ántes de volverla á colocar en el altar, dió silenciosamente la bendición al universo. Este silencio profundo, los cabellos blancos del vicario de Jesucristo, todas aquellas cabezas de príncipes y de reyes inclinadas hácia la tierra, y la vista de la augusta víctima, suspendida entre el cielo y la tierra, todo esto produce en el alma una impresión de felicidad sublime, que no puede expresarse.

Antes de la comunión, volvió el Santo Padre á su trono, y se vió al cardenal diácono dejar el altar y llevarle, acompañado de cirios, el Cuerpo adorable del Salvador. En este momento solemne, todo el mundo se prosternó; hasta un inglés que estaba á mi derecha. El Santo Padre, sentado, con las manos juntas y la cabeza respetuosamente inclinada, tomó la Santa Hostia y se dió él mismo la comunión; luego tomando otra Hostia, la dió al cardenal diácono, que recibió la comunión en pié y de mano del vicario de Jesucristo. Volvió el diácono al altar, de donde trajo con las mismas ceremonias la preciosa Sangre, que bebió el Santo Padre con un tubo de oro, segun el uso de la primitiva iglesia, despues de lo cual, el diácono absorbió el resto de la misma manera. Esta doble comunión, resucita las primeras edades de la iglesia y del mundo. En el pontífice, sentado en su tro-

no, veis al Hijo de Dios *sentado* en medio de sus apóstoles y distribuyéndoles el pan de la vida; en ese diácono que recibe en pié al Cordero divino, veis al israelita, en el momento de pasar el mar Rojo, comiendo en pié y en actitud de viaje, el Cordero Pascual, viático de su peregrinación y prenda de su libertad. A este espectáculo, la inteligencia del cristiano, su corazón, su sér, todo entero se llenan de una alegría dulce, íntima, profunda; cuatro mil años de amor acababan de pasar ante sus ojos.

Acabada la misa, fué llevado el Santo Padre á sus departamentos en la *silla gestatoria*, desde cuya altura bendecía, al atravesar la inmensa basílica, al innumerable pueblo que habia acudido á verle. Todos los cardenales, con mitra en la cabeza, precedían al soberano pontífice, y le seguían los obispos, los prelados y la guardia noble que cerraba la marcha. Sentimos dejar aquellas tribunas, desde donde habíamos contemplado el más bello espectáculo de nuestra vida; pero fué necesario bajar; como todas las galerías de este mundo, la pompa augusta habia desaparecido.

Cuando habíamos salido para San Pedro, se nos habia dicho: "No os dejéis absorber demasiado; cuidaos; en las ceremonias papales se encuentran inevitablemente algunos hijos de Rómulo muy apasionados á las faltriqueras de sus prójimos."

Aunque preocupados con lo que habíamos visto y sentido, yo no sé como nos ocurrió, al entrar entre la muchedumbre, tomar alguna medida de seguridad. Gracias á Dios, ninguno de nuestros vecinos se halló en el caso precitado, y salimos sanos y salvos con armas y bagajes.

Nos libramos de los rateros pero caímos en manos de los *vetturini* (cocheros). La lluvia seguía cayendo á torrentes; en Roma, como en Paris, en un día de fiesta y de mal tiempo, los cocheros son reyes. Despues de haber esperado largo tiempo,

buscado y suplicado, encontramos por fin una de aquellas majestades populares que se comprometió á llevarnos á casa, mediante cinco paulos y medio. Por la tarde necesitamos de implorar el auxilio de los potentados del sitio de carruajes, porque las cataratas del cielo estaban siempre abiertas y nosotros queríamos á cualquier precio visitar á Santa María la Mayor, porque solo en este día se expone allí á la veneración de los fieles el pesebre del Salvador.

Eran cerca de las cuatro cuando llegamos á la basílica. Segun antigua costumbre, el Soberano Pontífice cantaba allí las vísperas; más de mil antorchas iluminaban la iglesia y hacían brillar los dorados que la adornan; nunca brilló con tan viva luz el oro del Nuevo Mundo. Acabado el oficio, la guardia pontifical manda despejar la iglesia, cuyas puertas se cierran, y solo queda adentro un pequeño número de elegidos. Gracias á uno de nuestros amigos, nosotros fuimos de este número. Algunos momentos más, y nos va á ser dado ver con nuestros propios ojos el pesebre de Bethlehem, conmovedor testimonio del amor de un Dios que se hizo nuestro hermano.

Desde un principio, los cristianos de la Judea rodearon de respeto y de un culto empeñoso los lugares y los objetos santificados por la presencia del Salvador. A medida que el Evangelio extendía sus conquistas, el reconocimiento y la fe llevaban á Palestina numerosas caravanas de peregrinos, que iban del Oriente y del Occidente. La emperatriz Santa Elena fué también allí en persona, y mandó revestir el pesebre con láminas de plata, y la gruta sagrada con los más preciosos mármoles 1. En tiempo de San Gerónimo era la afluencia tan continua y tan numerosa, que el santo doctor escribía de Bethlehem: "Se

1 Euseb., *Hist.*, lib. III, c. 41 y 43.  
TOMO 1.—29

acude aquí del mundo entero; siempre está ocupada la ciudad con hombres de todas naciones 1; no se pasa un día ni una hora, sin que veamos llegar grupos de hermanos que nos obliguen á hacer de nuestro silencioso monasterio un alojamiento público 2. El pesebre dejó el Oriente á la invasión del mahometismo, y fué guardado con más amor que el arca de la alianza, con más respeto que el *Tugurium* de Rómulo, y estuvo rodeado por generaciones no interrumpidas de cristianos fieles, cubierto por los besos de muchos millones de peregrinos, y regado con sus ardientes lágrimas. Esto fué durante el segundo año del pontificado del papa Teodoro, el año 642. Roma lo depositó en la basílica Liberiana 3 con el cuerpo de San Gerónimo, traído igualmente de Palestina, y no quizo que el santo doctor, guardian vigilante del pesebre durante su vida, fuese separado de él despues de su muerte 4.

Ahora, si la vieja Roma hizo consistir una parte de su gloria en conservar la cabaña de Rómulo, juzgad, ¿cuánto más feliz y orgullosa no se mostrará la Roma cristiana, que posee la cuna del Niño Dios? 5 El pesebre es su tesoro, su joya;

1 De Toto huc orbe concurrunt; plena est civitas universi generis hominum, et tanta utriusque sexus constipatio ut quod alibi ex parte fugiebas hic totum sustinere cogaris. *Epist. XIII ad Paulinum*.

2 Nulla hora nullumque momentum in quo non fratrum occurramus turbis, et monasterii solitudinem hominum frequentia commutemus. *Id., c. VII in Ezech.*

3 Véanse los dos sábios autores de la *Historia de Pesebre*. Giov. Batelli y Fr. Bianchini, *De Translat. sac. Cunabul. ac Præsep. Dom.*, etc. Véase también á Cancell., *Nocte di Natale*, c. XXVI, p. 88; á Benedicto XIV, *De Die Natali*, etc.

4 Arringhi, *Rom subterr.*, t. II, p. 269, edic. Paris in-fol.

5 Porro Christi natalis nobile monumentum, ex ligno confectum... Roma possidet, eoque multo feliciter illustratur quam tugurium Romuli, quod intextum ex stipula eorum majores ad secula de industria conservaverunt. *Baron.*, t. I, an. I, n. 5.

forma su felicidad, su gloria. Le guarda con un amor celoso, lo rodea de una veneración que los siglos no pueden debilitar; lo conserva en un cofre de bronce, y solo lo expone á la vista una vez cada año. La noche que precede á este día tan deseado por el peregrino católico, se coloca el pesebre en un altar de la gran sacristía; el incienso más exquisito se quema en su honor, y luego cuatro de los canónigos más jóvenes de Santa María, toman la preciosa reliquia en sus espaldas, y precedidos de todo el clero, la trasportan solemnemente á la capilla de Sixto V. Despues de la misa de aurora, vuelven á tomarla y la exponen en el tabernáculo del altar mayor. Todo el clero se dirige en seguida á la capilla Borquesa, situada enfrente de la de Sixto V, para descubrir allí la imagen milagrosa de María; éste es un modo de convidar á la Madre divina á contemplar el triunfo de su hijo y á gozar ella misma de su propio triunfo. ¡Oh! si alguna vez vais á Roma, no os olvideis de venerar aquella imagen de María. Es la misma que fué pintada por san Lucas, segun tradicion 1; la misma que Sixto III quiso honrar segun el deseo de su corazón, mandando hacer los preciosos mosaicos de la bóveda y renovando la basílica casi en todas sus partes; la misma al pié de la cual pasaban las noches en oración, los santos papas Simaco, Gregorio III, Adriano I, Leon III y Pascual I; la misma, delante de la cual iba Clemente VIII de de la aurora, y descalzo, á ofrecer el augusto sacrificio; la misma ante la cual nunca faltaba el ilustrado Benedicto XIV á rendirle homenaje todos los sábados, que asistía á las letanías Loretanas 2. El recuerdo de tantas oraciones, de tantas lágrimas, de tantos testimonios brillantes de fe y de piedad, conduce á una indecible confianza, y nos-

1 Baron., an. 530.

2 Costanzi, lib. II, p. 27.

otros hubiéramos permanecido prosternados al pié de aquella imagen tantas veces tan venerable, si el pesebre no hubiera dado otro curso á los sentimientos de nuestros corazones.

Cuando todo estuvo listo, dos canónigos de Santa María la Mayor bajaron el pesebre del tabernáculo, y lo pusieron sobre un pequeño altar portátil. El cardenal protector fué el primero que se adelantó á rendir sus homenajes á la cuna divina; siguió el clero; llegó nuestro turno, y pude ver de cerca y con mis propios ojos, ¡el pobre pesebre en que acostó María al Salvador del mundo envuelto en pañales! El pesebre no conserva ya su forma primitiva. Las cinco pequeñas planchas que formaban sus paredes, están todas reunidas. Las más largas pueden tener dos piés y medio de longitud y cuatro ó cinco pulgadas de ancho; son delgadas y de una madera ennegrecida por el tiempo. Esta cuna, por siempre venerable, descansa en una caja de cristal montada en un cuadro de plata, adornado con oro y piedras preciosas, espléndido regalo de Felipe IV, rey de España 1. Acabada la adoración, se relató el proceso verbal que demuestra la identidad del pesebre y los detalles de la ceremonia; despues de lo cual, se encerró la santa reliquia en el tesoro, para no volver á salir hasta el año siguiente, en la misma época.

Habíamos completado y llenado aquel día. Todo lo que la religion tiene de más majestuoso, la misa papal; todo lo que tiene de más tierno, el pesebre; habia estado á nuestra vista; y nuestro corazón estaba contento, pero contento como no puede estarlo más que en Roma el día de Navidad, cuando se ha visto con los ojos del cristiano el doble espectáculo de que acabo de hablar.

1 Cancellieri, *Nocte di Natale*, c. XXVI, p. 89.

## 26 DE DICIEMBRE.

San Lorenzo *extra-muros*.—San Lorenzo *in fonte*.—*In Panisperna*.—*In Lucina*.—Basílica de San Lorenzo *extra-muros*.—El Capitolio y el *Santo Bambino*.—Los pequeños predicadores.

En la liturgia católica sucede un gran milagro al nacimiento del Salvador; al día siguiente de Navidad se celebra la fiesta de San Estéban protomártir. El heroísmo, elevado repentinamente á su más alto poder por la gracia del Niño de Bethleem, una prueba admirable de su divinidad. Cada año repite la Iglesia este milagro á las generaciones que pasan. Se me presentó una buena ocasión de sentirlo más vivamente. La excelente princesa de W... me ofreció su coche, si queria yó ir á celebrar la misa á San Estéban, en la basílica de San Lorenzo *extra-muros*, y acepté la proposición con reconocimiento. Conviene saber que Roma no ha perdonado gasto por reunir bajo sus alas maternas á los más grandes santos, y á los más ilustres mártires del Oriente y del Occidente. ¡Bendita sea la Providencia que la inspiró este pensamiento dos veces saludable! Los cuerpos sagrados que descansan en paz, bajo la vigilancia de la ciudad eterna hace largo tiempo, serian olvidados ó profanados tal vez, si hubieran quedado en otros lugares; además, si estuvieran dispersos por toda la tierra, no serian más que testigos aislados. Reunidos en Roma, alrededor del vicario de Jesucristo, forman un concilio ecúmenico permanente, cuya voz domina todos los ruidos y disipa todos los sofismas del error; para mostrar la catolicidad de su doctrina, basta á Roma el abrir sus sepulcros.

En el siglo VI, durante el pontificado de Pelagio I, fué trasportado el cuerpo de San Estéban, al menos su mayor parte, de